

SOLIDARIDAD Y PRAXIS REVOLUCIONARIA: LA DINAMICA DE *HIJO DE HOMBRE*

JULIO ARIZA GONZÁLEZ

Hijo de hombre es una novela trascendental por la maestra presentación en ella del carácter reivindicador de las masas oprimidas: es una novela que se destaca dentro de la nueva trayectoria¹ de la narrativa hispanoamericana de los últimos años. Esta nueva trayectoria se caracteriza por intenso interés en las realizaciones o conquistas humanas de los pueblos de Latinoamérica. *Hijo de hombre* es una novela trascendental dentro de esta tendencia porque consolida la creencia en el hombre como único núcleo dinámico en todo proceso de transformación, restituye en el hombre sus valores, renueva la confianza en el ser humano, explora e identifica el potencial humano que anima un invencible espíritu de liberación, la liberación como praxis: "Acción y reflexión de los hombres sobre su mundo con el propósito de transformarlo."²

En esta novela Roa Bastos llega al hombre a través de un proceso de concientización de la auténtica historia, escrita con sangre en la memoria del pueblo paraguayo. *Hijo de hombre* presenta un análisis crítico de las luchas sociales donde la solidaridad constituye el elemento dinámico fundamental de la praxis revolucionaria. Las conquistas humanas se hacen posibles por la solidaridad que mantiene vivo el fervor de subvertir el orden establecido por el sistema opresivo. En *Hijo de hombre* la solidaridad se mantiene como constante trascendental en el desarrollo de las metas humanas. La solidaridad,—como fuerza unificadora de amor, fe, esperanza y resolución—que genera una confianza perpetua entre los hombres. Confianza en la capacidad y poder del hombre de alterar el curso de la historia para labrar su propio destino, el destino de la oprimida clase campesina. El hombre se humaniza e impone a la realidad opresiva a través de la acción revolucionaria. La acción revolucionaria aparece como única alternativa hacia la liberación de las clases oprimidas, para lograr su superación, la conquista de las calidades humanas suprimidas por una minoría dominante. En Itapé y Sapukai el pueblo se levanta y lucha para hacer valer sus valores humanos, para reclamar sus derechos y devolverle al hombre su condición esencial de ser racional. La solidaridad mantiene vigente y estimula el espíritu rebelde de los comprometidos en las luchas de liberación, siempre unidos como un solo hombre contra los políticos y los militares de la capital. El pueblo estaba siempre dispuesto a sacrificarse para rescatar dos principios esenciales de su existencia: "tierra y libertad." Principios elementales que determinaban sus condiciones de seres humanos y que se convirtieron en su grito de combate: "¡Tierra y libertad!... era el estribillo multitudinario coreado por millares de gargantas enronquecidas en la quieta noche de marzo." Era un compromiso total donde no se escatimaban las consecuencias: "... vamos a vencer o morir en la demanda..."³ Del tronco de un pueblo heroico surgieron hombres también ejemplares:

Gaspar Mora, Casiano-Amoité (Jara), Elizardo Díaz, Cristóbal-Kiritó (Jara), Macario, Salu'í (María Encarnación). Ellos entendían implícitamente la significación de la solidaridad como un acto de amor, como actitud humana, como dinámica, como praxis.

Las actitudes humanas de los personajes se cimentaban en la realización de sus inminentes compromisos. El carácter férreo de sus resoluciones, la valentía con que enfrentaban las inclemencias en la búsqueda de soluciones a su tragedia cotidiana, su actitud combativa y espíritu de sacrificio eran rasgos sublimes de la naturaleza heroica de un pueblo vencido pero nunca dispuesto a someterse a pesar de sus derrotas. Era un pueblo que se levantaba con más brío después de cada caída, de una resistencia sobrehumana, guiado por la esperanza profunda en la victoria, por la creencia en la idea de quien persevera asegura su triunfo. Miguel Vera recoge en su diario muestras significativas de la idiosincracia del pueblo paraguayo que resumen magistralmente el espíritu de lucha:

La fuerza de su indestructible fraternidad es su Dios. La aplastan, la rompen, la desmenuzan, pero vuelve a recomponerse de los fragmentos, cada vez más viva y pujante. Y sus ciclos se expanden en espiral. (p. 274)

La capacidad de resistencia, tan esencial en el supremo acto de solidaridad, es una experiencia patente en *Hijo de hombre*. Sin embargo, según el juicio del crítico Humberto E. Robles: "caer-levantar-caer" es un fenómeno o ritmo circular "fundamental en el desarrollo de la novela toda."⁴ Sobre este criterio es necesario hacer ciertas distinciones apropiadas que se observan en las actitudes heroicas de los hombres y mujeres de Itapé y Sapukai. Es cierto que los traidores como Miguel Vera, Atanasio Galván, el pai Fidel Maíz y el enigmático Alexis Dubrovsky por sus insuficiencias humanas, por su incapacidad de amar, mantienen en sus acciones esa pauta circular irreversible que concluye en una caída final. Ellos se destacan precisamente por esa actitud fatalista. Pero para Gaspar Mora, Casiano-Amoité, Cristóbal-Kiritó, Elizardo Díaz, Salu'í, y la heroica masa anónima paraguaya, demostraron que su etapa final nunca pudo ser la fatídica caída sino un nuevo ascenso, otro salto para coronar sus aspiraciones, llevar a cabo sus ideales de liberación hasta la victoria. El Cristo de Gaspar, el vagón de Casiano y el camión de Cristóbal Jara son símbolos significativos de épocas y de la rebeldía de un pueblo siempre dispuesto a sacrificarse, a mantenerse en la vanguardia con ese espíritu resuelto: y ese pueblo realizó hazañas, escribió notas gloriosas en su historia. Los anti-héroes caen y no vuelven a levantarse, el tiempo le hace justicia en el olvido y cuando se les recuerda es para condenar su comportamiento negativo, su inhumanidad. Ellos no nacen ni desembocan en otros ríos sino que mueren en el estero.

Los hombres y mujeres de Itapé y Sapukai se forjaron en las contiendas de la Guerra Grande y del Chaco, sobrevivieron al terror y a la barbarie impuestos por el diabólico doctor Francia, que trascendió en la figura mítica del Karái Guasú. De esa intrépida masa anónima surgieron Gaspar Mora, quien sin alterar su humanidad se impuso a la condición degradante de su medio, dejó para la posteridad un Cristo harapiento como su propio pueblo, el Cristo del cerro de Itapé, otro testigo de su período trágico de la historia; Casiano y Natí, quienes obsesionados por el deseo de libertad escaparon de las garras de los sanguinarios a sueldo de Mr. Thomas y del infierno de Tukurú Pukú; Cristóbal-Kiritó, infatigable organizador de montoneras como su padre, quien condujo su camión hasta la muerte por amor al hombre; Salu'í y María Rosa transformadas por sus sentimientos de solidaridad. Guiados por un tremendo ideal revolucionario el pueblo pudo imponerse a los fracasos, a las traiciones, a la persecución, al exterminio, a la horrible matanza en Sapukai, un capítulo sangriento latente en su memoria.

No es fortuita la decisión de Casiano de adoptar *Amoité* como su apellido, él quería identificarse y patentizar la profundidad de sus sentimientos y el poder de sus convicciones (p. 131). Cristóbal Jara representa la actitud combativa de su pueblo, el sentido verdadero de la praxis revolucionaria, y algo más: la intrepidez que acompaña su disposición para la acción en defensa de sus compromisos sociales y de sus principios de libertad y dignidad humana. Cuando se proponía un objetivo tenía una sola alternativa:

... avanzar, avanzar siempre, avanzar a toda costa, ... Eso era el destino. Y qué podía ser el destino para un hombre como Cristóbal Jara, sino conducir su obsesión como un esclavo por un angosto pique en la selva o por la llanura infinita, colmada con el salvaje olor de la libertad. (p. 247)

Según Cristóbal Jara, el destino del hombre es realizarse en sus propios actos, desempeñar su papel histórico y llevar las luchas de reivindicación social hasta las últimas consecuencias. Con su muerte había demostrado a qué extremos podía llegar la capacidad ilimitada de la voluntad humana. Confiaba solamente en el supremo poder de esa voluntad que unía a los hombres para transformar su mundo. Creía sólo en el hombre:

Lo que no puede hacer el hombre, nadie más puede hacerlo ... No entiendo lo que se dice con palabras. Sólo entiendo lo que soy capaz de hacer. Tengo una misión. Voy a cumplirla. Eso es lo que entiendo. (p. 244)

Cristóbal no era un caso excepcional, él era parte de un país ansioso de justicia, un pueblo que se defendía contra la degradación moral y física: "Y había muchos como él, incontables, anónimos." Para estos pueblos toda misión perseguía un objetivo en la lucha patriótica de liberación, y el papel histórico del hombre era acatar los dictados de su misión, ella tenía prioridad sobre los demás aspectos de la vida y sobre la vida misma. Ellos dejaban de ser individuos para transformarse en masa, en pueblo, unidos en el acto de solidaridad:

No sabían nada, ... Nada más que eso: querer algo hasta olvidar todo lo demás. Seguir adelante, olvidándose de sí mismos. Alegría, triunfo, derrota, sexo, amor, desesperación, no eran más que eso: tramos de la marcha por un desierto sin límites ... (p. 247)

En *Hijo de hombre* se plantean principios conceptuales sobre la existencia humana con una perspectiva histórico-social, lo trascendental de la vida y la muerte en los actos humanos, las proyecciones humanas del héroe. El principio sobre la trascendencia humana se funda en la postergación de toda individualidad, aun de la vida misma para asegurar una existencia perpetua en la memoria de los hombres. Sus acciones determinaban esa perpetuidad, el héroe cuando muere nace en el recuerdo de su pueblo. Este segundo nacimiento se produce en quienes vivieron para los demás. El primero es pura circunstancia temporal, un accidente en el tiempo y el espacio; el segundo es una experiencia duradera, constante, indestructible, es memoria, recuerdo e historia. Vida y muerte se complementan en el proceso revolucionario. La vida ejemplar prolonga la existencia del hombre más allá de su muerte. Esta proyección de la existencia es un hecho irrefutable en la historia de la humanidad. El mismo Miguel Vera lo confirma en su testimonio, Macario y su pueblo tenían conciencia de esta experiencia sobrehumana. Macario no estuvo de acuerdo en llamar al cerrito del Cristo leproso *Tupá-Rapé* (Camino-de-Dios) sino *Kuimbaé-Rapé* (Camino-del-hombre):

—Porque el hombre, mis hijos ... tiene dos nacimientos. Uno al nacer, otro al morir ... Muere pero queda vivo en los otros, si ha sido cabal con el prójimo. Y si sabe olvidarse en vida de sí mismo, la tierra come su cuerpo pero no su recuerdo ... (p. 38)

El pueblo heroico comprobó los fundamentos de esta verdad histórico-social: para que el hombre logre una existencia imperecedera tiene que redimirse, aun si esta redención implica el sacrificio de su vida. La tradición conserva su nombre, proyecta sus hazañas a otros confines que se immortalizan en las leyendas, las formas dinámicas de la historia. Su conciencia revolucionaria será luz, guía de las generaciones futuras que mantendrán vivo su espíritu rebelde en los frentes patrióticos de liberación, en las montoneras. Para Macario y los héroes paraguayos este era el ideal que anhelaba el hombre, alcanzar la inmortalidad a través de sus acciones, de su compromiso social, de su solidaridad. Ellos se immortalizaron realizándose, purificándose en el constante bregar por los principios fundamentales de la dignidad humana. Miguel Vera piensa que para Macario Francia, "ésta era, acaso, la única eternidad a que podía aspirar el hombre. Redimirse y sobrevivir en los demás. Puesto que estaban unidos por el infortunio, la esperanza de la redención debía también unirlos hombre con hombre. Tiene que ser la obra de todos" (p. 38). Y ésta no era la batalla de un solo hombre, sino de todo el pueblo, de los oprimidos. Y cuando un hombre caía otro se levantaba para mantener viva la llama de la revolución. Los de la vanguardia trazaban el camino a seguir por los que venían detrás, los héroes del futuro. Macario dejó en sus enseñanzas un mensaje profundo, una visión trascendental del hombre

que Miguel Vera no pudo descifrar en su infancia y que como adulto no llegó a realizar por su incapacidad absoluta para la acción, sus incomprendiones, su espíritu contradictorio. Sin embargo, dejó en su diario una señal de su testimonio, la palabra profunda de "la memoria viviente del pueblo":

El hombre es como un río, mis hijos... decía el viejito Macario Francia. Nace y muere en otros ríos. Mal río es el que muere en un estero... (p. 274)

Gaspar Mora había nacido en hombres y mujeres de Itapé, la loca María Rosa se purificó en la espera de su retorno, Casiano nació en su hijo Cristóbal, Cristóbal, Salu'í nacieron en los héroes anónimos incontables que habían tomado la posición, llenado el espacio vacío de los caídos en la marcha. Sabían que la lucha no cesaría mientras hubiera opresión, explotación; mientras se negara la libertad, mientras reinara la miseria y la ignorancia. La violencia del ejército no podía detener el proceso histórico, la resistencia popular iniciaba un nuevo capítulo de la historia sangrienta del pueblo paraguayo, unos huyen, pero muchos permanecen firmes en sus posiciones para enfrentarse a la barbarie:

Recomienza el éxodo de la gente hacia las fronteras en busca de trabajo, de respeto, de olvido. Pero quedan muchos. Los agricultores, los peones del ingenio, los obrajeros, braceros y mensúes han comenzado a organizarse en movimientos de resistencia... Las montoneras vuelven a pulular en los bosques. El grito de ¡Tierra, pan y libertad!... resuena nuevamente en todo el país... (p. 274)

Esta era la sangre nueva de un pueblo joven con los ojos en el futuro. Miguel Vera consciente de los hechos tiene que testimoniario muy a pesar suyo o quizás contra su misma conciencia:

...para estos hombres sólo cuenta el futuro, que debe tener una antigüedad tan fascinadora como la del pasado. No piensan en la muerte. Se sienten vivir en los hechos... No hay otra vida para ellos. No existe la muerte... Ellos viven, simplemente. (p. 273)

Esta aserción del personaje narrador, el anti-héroe, traza los límites y establece las diferencias esenciales entre dos categorías de hombres: los héroes, su pueblo solidario y los traidores, ególatras, reaccionarios, anarquistas, que dirigen su fuerza contra la mayoría indigente. Estos son los obstáculos de los avances sociales, de las conquistas humanas. Como Miguel Vera, viven anclados en el pasado,

añorando placeres o agonizando bajo el peso de sus traiciones, "las repetidas muertes de mi vida" como decía Miguel Vera.

Su testimonio es un acto de conciencia, pone en tela de juicio los extremos de una vida mísera, contradictoria y derrotada:

Yo sigo, pues, viviendo, a mi modo, más interesado en lo que he visto que en lo que aún me queda por ver... Pertenezco a una clase de gente para la cual no cuenta el futuro y cuya soledad no es más que su incapacidad de amar y de comprender, con la cara vuelta al pasado, a sus imágenes hechizadas de nostalgia. (p. 273)

Lo que para el héroe es vida, futuro, ascensión, memoria, para el anti-héroe es muerte, pasado, descenso, olvido. El anti-héroe se enfrenta a la conciencia revolucionaria de su pueblo: "En Itapé, al final, la gente simple del pueblo le haría el vacío" dice la doctora Monzón.

El testimonio de Miguel Vera es un análisis de su vida y un recuento de su enfrentamiento con el sentimiento patriótico de su pueblo. El nada pudo agregar a su papel de hombre sino traiciones y su testimonio. Su pueblo le dio oportunidades para salvarse para que se realizara como hombre. El le dio la espalda. Nunca logró equilibrar acciones y sentimientos, este desequilibrio emocional lo condujo a la muerte. Llevaba una vida interior intensa, emociones que no llegó a exteriorizar, se quedó en la inacción.

Hijo de hombre es una visión penetrante de la naturaleza humana, de la capacidad de resistencia del hombre a los sufrimientos físicos y morales y de su voluntad para imponerse a la condición alienante de su miseria y opresión. Se sitúa a un hombre ante la historia y más que todo ante el veredicto inflexible de su pueblo. Es el testimonio del anti-héroe, es el análisis de su propia conciencia, pero que arroja luz sobre los actos gloriosos del pueblo paraguayo. *Hijo de hombre* es la voz de esperanza para los pueblos del Tercer Mundo, para la Humanidad que aspira a la realización de una justicia social y a su liberación. Este sentimiento humanístico auténtico recorre todas las páginas de la novela. Y en ella los anhelos de esa redención social se resuelven a través de la dinámica fundamental de la solidaridad y la acción rebelde implícita en este acto de amor. Así lo entendieron los montoneros de Itapé y Sapukai y los condenados de Takurú Pukú, así lo entendimos muchos lectores, así debió entenderlo Augusto Roa Bastos al concebir esta obra monumental.

University of the West Indies, Mona, Jamaica

¹ Como opuesta a la literatura que restaba importancia a la capacidad y poder del hombre para otorgársela a la naturaleza y a la fatalidad que condicionaba los actos de los hombres. Literatura fatalista que negaba las conquistas humanas, que colocaba los mitos sociales y religiosos sobre la conciencia de los pueblos.

² Paulo Freire, *Pedagogy of the Oppressed* (Harmondsworth: Penguin Books, 1975), p. 52.

³ Augusto Roa Bastos, *Hijo de hombre* (Buenos Aires: Losada, 1971), p. 129.

⁴ Humberto E. Robles, "El círculo y la cruz en *Hijo de hombre*," *Nueva Narrativa Hispanoamericana*, 4 (1974), 206.